

—Muchachos, en nuestra pufifetera vida nos han ganado los de Criptana, de manera que a ellos.

El partido se ganó por uno a cero y hubo ocasión de prodigar nuestro grito deportivo que decía:

—Ra, catarrá, catarrá...

—Contestan otros: "Ra"

—Ra, catarrá, catarrá...

—Ra.

—Ra, catarrá, catarrá...

—Ra.

Habla otro: Crip...tana (el equipo antagonista)

—Ros...cos...tier...noss.

Antonio Coloma, el yerno de Apolinar, el antiguo lechero de la Plaza, escritor conocido y reiteradamente laureado, nos habla, como otras veces, de sus aventurillas alcazareñas yendo en busca de la novia. Vean los lectores lo sucedido en ese día.

## DESTINO, ALCAZAR

Habrá algo más irresistible que el sueño?. Otras necesidades humanas se pueden diferir, aún las más perentorias, como el hambre y la sed, pero el sueño es traidoramente implacable, tal como la muerte súbita. En realidad el sueño es una pequeña muerte.

Pero el sueño es también veleidoso. Entonces es como un pájaro que nos roza el semblante con las alas, al que en vano tratamos de atrapar. Compadezcamos a los insomnes; a los que, cansados de contar borregos, no les queda otra alternativa que recurrir a alguno de los innumerables somníferos para quedar dormidos, con un amargor en la boca.

Estas consideraciones me acuden al bolígrafo, al evocar un lejano viaje a Alcázar, en el tren correo de la noche, que parte de Alicante sobre las 22. Ya ha llovido desde entonces; pero el sueño inasequible de aquella noche, parece que sigue pesándome sobre los párpados. Hay quien duerme, si llega el caso, sobre el palo de un gallinero; pero yo necesito extenderme siquiera sea en algún jergón, sobre el que se tendiera don Alonso Quijano, por aquellas ventas de Dios.

Los compañeros de departamento, reposaban con la boca abierta, en brazos de Morfeo. Y qué interminables esas horas de la madrugada, con el incisivo tacatá del tren bailándote en el alma.

Pero mi gran esperanza era Alcázar y su fonda francesa. Contaba las horas y últimamente, hasta los minutos que tardaríamos en llegar.

Por fin, la estación. Dos viajeros y yo cruzamos el desierto andén, y, a buen paso, nos plantamos en la fonda. Pero, "ay", que allí nos esperaba el consabido "jarro de agua fría". Porque precisamente, por aquellos días, se celebraba en la ciudad de las tortas un Congreso Nacional Vitivinícola, y las fondas y hospedajes estaban al tope. Aquello era una variante del clásico suplicio de Tántalo.

Empero, la esperanza nunca se pierde por completo. Y allí fuimos, Castelar abajo,